

La paternidad inspirada desde el Cielo



Tiempo de lectura: 6 min.

[Rosalía Moros de Borregales](#)

A lo largo de este caminar a la luz de la Palabra de Dios he comprobado que muchas personas tienden a rechazar la imagen de Dios, como la imagen de un padre. De alguna manera, piensan en su relación con su padre terrenal y tratan de comprender el carácter de Dios a partir de esa experiencia. No obstante, toda paternidad, por más preciosa y amorosa que sea, es solo un reflejo imperfecto del carácter de Dios. Dios es el Padre original. Deberíamos pensar que los padres deben mirar a Dios para ser inspirados en su rol. El apóstol Pablo al dirigirse a la iglesia de Éfeso les dice: *“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.”* (3:14-15). No llamamos Padre a Dios porque existan padres humanos; por el contrario, existen padres humanos porque Dios es Padre. La paternidad comienza en Dios y Él es la inspiración para la paternidad.

Una certeza que late al ritmo de mi corazón está descrita de una manera hermosa en el Salmo 27:10. *“Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, el Señor me recogerá.”* Esta declaración revela uno de los atributos más profundos de Dios como Padre, Su presencia. ¡El siempre está cerca! El es el padre que no desaparece, que no nos deja, que no nos abandona. El es el padre que abarca nuestra vida entera, que nos rodea con sus brazos de amor. Asimismo, creo de todo corazón, que es la presencia activa de un padre en la vida del hijo lo que marca una huella indeleble en el ser humano y le permite caminar confiado, a pesar de las adversidades que enfrentamos constantemente en el mundo.

Una de las heridas más profundas de esta generación es, precisamente, la ausencia paterna. No solamente la ausencia física e irresponsable de muchos, sino la que he denominado la presencia ausente; en otras palabras, la ausencia ojo a ojo. La ausencia creada por miradas que nunca se encuentran, por abrazos olvidados, por todas las pantallas que se interponen entre padres e hijos, por la provisión material que trata de suplantar la emocional. En contraste con esta actitud, Dios se revela al ser humano con una ternura profunda, como el padre que persevera en el amor y permanece a pesar de la actitud del hijo. En el libro del profeta Oseas 11 (1, 3-4) encontramos esta expresión de Dios: *“Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más yo los llamaba, tanto más se alejaban de mí; a los baales sacrificaban, y a los ídolos ofrecían sahumerios. Yo con todo eso enseñaba a andar al mismo Efraín, tomándole de los brazos; y no conoció que yo le cuidaba. Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida.”* Indudablemente, este pasaje nos muestra el corazón compasivo de Dios. Y para enfatizar esta actitud del Señor, podemos leer en el versículo 8: *“¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? **Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión.**”*

Jesús siempre hablaba con los discípulos acerca de su relación con el Padre. Como quedó demostrado cuando le pidieron que los enseñara a orar y empezó la oración que ha sido la guía por excelencia del mundo cristiano: *“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.”* Mateo 6:9. Al final de la oración, en ese capítulo, el evangelista Mateo nos revela que hablando sobre las necesidades básicas de la vida, como la comida, el techo y el vestido, Jesús les dijo: *“Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.”* Mateo 6:32. En el

siguiente capítulo (7) nos insta como a hijos a tener una relación con el padre, en la que con libertad nos acerquemos a Su presencia para pedirle: *“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”* Mateo 7:7-1.

Estos pasajes nos revelan una relación con nuestro padre celestial caracterizada por el amor y por una confianza que trasciende el razonamiento humano. Una relación que está limpia del miedo aterrador con el cual muchos padres se imponen en la relación con sus hijos. Más tarde, el apóstol Pablo en Romanos 8 utiliza la palabra hebrea para “papá” — “Abba”. El significado es papá en su expresión más tierna —papi, papito— Se refiere al diminutivo cariñoso con el cual los niños pequeños se refieren al padre. Dice el apóstol: *“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”* En el nuevo pacto, a través de Jesús, se rompe la imagen de un Dios inaccesible o distante y castigador. Por otra parte, no podemos olvidar que en una relación de padre-hijo, por lo menos mientras están en el nido, el padre forma, entrena y disciplina. *“Porque el Señor al que ama, disciplina.”* Hebreos 12:6. La diferencia es que en la vida terrenal los hijos levantan alas y se van del nido. En cambio, en la vida de comunión con Dios, permanecemos en casa, la casa de nuestro Padre celestial.

La llamada parábola del Hijo pródigo no solo revela el arrepentimiento del hijo que le ha dado la espalda a su padre; de una manera muy profunda revela el amor de un padre que trasciende los errores humanos. No se trata de minimizar el pecado, se trata de restaurar la dignidad a través del amor más grande. El padre celebra el regreso, abre su corazón y abraza a su hijo. Es el mayor de los ejemplos expresados en el evangelio; es la buena nueva misma que Jesús representó y sigue enarbolando sobre la humanidad: El padre te ama y quiere que vuelvas a casa. Por esa razón, aunque sabemos claramente que ningún padre es perfecto, que todos tienen errores y que los hijos son afectados por ellos; hay una tarea sagrada que cada padre recibe del Cielo y, precisamente, es la tarea de hacer volver el corazón de sus hijos al Señor.

Quizá hoy es un día propicio para preguntarte, en tu rol de padre, cuánto le has mostrado a tus hijos del amor del Padre celestial en el ejercicio de amarlos. De tal manera que, cuando tus hijos relacionen la imagen de Dios con la palabra *Padre* venga a sus mentes el recuerdo de un padre que ama, corrige, perdona y enseña. Personalmente, cuando recuerdo a mi padre terrenal viene a mi mente el verso de Mateo 18:14 *“La voluntad de vuestro Padre es que no se pierda ninguno de estos pequeños”*. Durante años fui testigo de uno de los amores más profundo, compasivo y tierno mientras papá hacía todos sus esfuerzos para rescatar a uno de mis hermanos del hueco de las drogas. Lo vi orando con fervor, lo vi llorar y pedir el favor del Padre celestial sobre su propio hijo pródigo. Vi con cuánto esmero le guardó la vida buscándolo sin cesar aquí y allá. Presencí su miedo al encontrar a otros derrotados, destruidos y muertos. Constaté su corazón lleno de bondad cuando trató al desconocido con toda la compasión que sentía por su propio hijo. Sentí su determinación de creerle a su Padre celestial que jamás lo abandonaría a él ni a ninguno de sus hijos. Lo vi creer en esperanza contra esperanza, cuando todo parecía perdido. Años más tarde, también fui testigo de su gozo y su gratitud cuando vio a su hijo, mi hermano, renacer a través de la restauración de su vida y su hogar bajo la mano del Padre celestial.

“La verdadera grandeza de un padre consiste en que su vida sea la inspiración para que sus hijos levanten su mirada a Dios”.

rosymoros@gmail.com

X:RosaliaMorosB

Facebook: Letras con corazón

IG: @letras_con_corazon

#reflexionesparavenezuela

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)